



Dibujo de Rafael Durand, jr.

Nervo, orientador espiritual

(De una conferencia dada en México).

ADMIRÉ a Nervo en mi juventud, a la hora en que Eros enciende en nuestras almas el milagro de sus deslumbramientos, por el arte gentil y delicado de sus *Perlas Negras*. El amor, para ciertos temperamentos, no es la pasión primitiva e ingenua, impulso instintivo de la naturaleza, que han cantado otros poetas mexicanos, Manuel Flores por ejemplo. Es un sentimiento sutil y refinado, hecho de esperanzas y congojas, de angustiosos desconsuelos y certidumbres exquisitas, de hondas tristezas y deliquios inefables. La amada es un sér ideal, divinamente incorpópeo, en quien por singular hechizo se encarnan nuestros sueños; la directa compañera cuya llegada esperamos, con ansia inextinguible, para que embellezca y consuele nuestra vida.

Nervo ha evocado, en bellísimos versos, la figura sidérea de la amada:

*Ha mucho tiempo que te soñaba
así, vestida de blanco tul,
y al alma mía que te buscaba,
«Ana ¿qué miras?» le preguntaba,
como en el cuento de Barba Azul.*

*Ha mucho tiempo que presentía
tus ojos negros como los vi,
y que, en mis horas de nostalgia,
la hermana Ana me respondía:
«Hay una virgen que viene a ti».*

*Y al vislumbrarte, febril, despierto,
tras de la ojiva del torreón,
después de haberse movido incierto
como campana que toca a muerto,
tocaba a gloria mi corazón.*

*Por fin, distinta me pareciste;
vibraron dianas en rededor,
huyó callada la Musa triste
y tú llegaste, viste y venciste
como el Magnífico Emperador.*

*Hoy, mi esperanza que hacia ti corre,
que mira el cielo donde tú estés
porque la gloria se le descorre,
ya no pregunta desde la torre:
«hermana Ana, dime: ¿qué ves?»*

*Hoy en mi noche tu luz impera,
veo tu rostro resplandecer,
y en mis ensueños sólo quisiera
enarbolarlo como bandera,
y, a ti abrazado, por ti vencer.*

Pero mientras no ha llegado la elegida, el espíritu erra en la selva oscura de la Desesperanza. Pasajeros amoríos distraen, fugazmente, el ingénito desasosiego que en el fondo de nuestro sér llevamos, como signo inconfundible de que este mundo es una escala transitoria en la eterna peregrinación de la existencia, y por sus feéricos mirajes y sus fiebres deliciosas nos hacen más leve la pesadumbre infinita de ser hombres. Como nubes que proyectan sus efímeras paisajes un momento, y se desvanecen luego para siempre, erigen las frágiles pasiones de una hora sus torres de ilusión en nuestras almas, y se van enseguida, no dejándonos sino el perfume de sus reminiscencias; pero ¿qué importa que se vayan, si por la eternidad de un instante nos hicieron felices como dioses?

Es el beleño de esos bienhechores amoríos el que vierte sus mieles en estos versos del poeta:

*Ven, ¡acércate más! El campo umbrío,
el cielo torvo y el ambiente frío
predisponen el alma a la tristeza.
Ven, apoya en mi hombro tu cabeza;
así, juntos, muy juntos, dueño mío.*

*Hablemos de tu amor: ¡de aquel soñado
amor! Cuando el invierno desolado
reina doquier, y pálidas se ahuyentan
la ilusión y la fe, ¡cómo calientan
los recuerdos benditos del pasado!*

*Ven, acércate más, mi dulce dueño...
y en tanto agita con tenaz empeño
la niebla gris su colosal cimera,
sobre nosotros vuelque la Quimera
el ánfora implacable del Ensueño.*

Porque en sus versos primigenios vistió con túnica de hadas las fantasías pasionales de mi adolescencia, amé entonces la poesía de Nervo. La amé luego por la acendrada idealidad de sus estímulos espirituales.

Está de moda, en este siglo de estupendos maquinismos, ponderar las excelencias de nuestra civilización positivista. Pero ¿ha llegado en realidad el momento de proclamar la gloria insuperable de las realizaciones alcanzadas? Somos esclavos del dolor por la ciega hostilidad de las fuerzas naturales; lo somos más aún por las miserias de la carne. Somos esclavos del dolor porque la vida es una pugna despiadada contra el medio físico; lo somos ante todo por la lucha inexorable que se libra dentro de nosotros mismos, desde que la razón prende sus luces en nuestra inteligencia, hasta que la muerte las apaga. Una a una vamos venciendo las rebeldías de la naturaleza. Ya no vivimos como fieras en las grutas, ni a las fieras disputamos a zarpazos, para nutrirnos, la carne palpitante acabada de arrancar de los flancos de una presa. Sometimos el fuego a servidumbre, y él sazona nuestros alimentos, da calor a los hogares, y forja las herramientas con que a diario domeñamos la materia. De manos de Júpiter hemos arrancado el rayo, cetro despótico de su omnipotencia. Con audacia y rapidez no superadas por las aves, saltamos de uno a otro continente por la inmensa plenitud del cielo, y con los peces compartimos la soberanía de las aguas turbulentas del océano. Miden ya nuestros ojos las vertiginosas trayectorias de los astros en el espacio sin fronteras, y del electrón en los átomos infinitesimales; y en alas del radio recorren nubes mensajeras, con la velocidad del pensamiento, los ámbitos del orbe.

Pero si en lo material hemos ampliado magníficamente los dominios de nuestra potestad, y cada hora un triunfo es galardón de nuestro esfuerzo; si cualquier persona de la clase media disfruta hoy de lujos y comodidades que no soñó el fastuoso Luis XIV; si un estudiante de sexto año sabe más del mundo físico que Aristóteles o Galileo, y cotidianamente utilizan los obreros en las fábricas diversidad de fuerzas cósmicas, que ayer no más eran sorpresa o terror de las muchedumbres estupefactas, en las jurisdicciones del reino interior, en lo que al señorío de las fuerzas morales se refiere, apenas si estamos peldaño más arriba que los lejanos antepasados nuestros que en la escala